HIJOS DE UN CLON

Angel Lozano

RONCAL

ÍNDICE

EL NOMBRE DE LA OSCURIDAD

Peter 9
Dinah 13
Rebelión 19
El subterráneo 25
Vlado 33

ABISMO

La verdad 42
Indagación 50
Prisionero 61
La granja 75
El ascensor 81

INFIERNO

Pesadilla 90
El monstruo 101
Desahuciados 109
La conversación 120
¡Libres! 133

TRÁNSITO

La promesa 144
Regreso 153
Desolación 164
Encuentro 175
Markus 186

LA TORRE DE MARFIL

Traición 198
Laberinto 208
Rescate 218

Disolución 230
Huida 239

DESPERTAR

Sin salida 251
Colapso 259
El segundo rostro 265
Destrucción 271
Renacer 281

El hombre no creó el tejido de la vida,
sólo es una hilacha.
Lo que hagáis a este tejido
os lo hacéis a vosotros mismos...
Continuad contaminando vuestro lecho
y una noche moriréis en vuestra propia caída.

Gran Jefe Seattle
Mensaje al presidente de los Estados Unidos
(1855)

EL NOMBRE DE LA OSCURIDAD

Clonación:

... Un sector cada vez más amplio de la sociedad lo reclamaba tácitamente desde hacía algún tiempo: el número cada vez mayor de parejas estériles, la existencia de enfermedades incurables y la creciente necesidad de órganos de reemplazo, entre otros factores, así lo determinaban. Los gobiernos, conscientes de la gravedad que entrañaba la incontrolada aplicación de los constantes avances, trataron de contener y dirigir el progreso de las investigaciones y establecieron reglas buscando delimitar las condiciones en que éstas debían desarrollarse y hacerse públicas, así como los fines a los que habían de ser asignadas.

Sin embargo, en muchos lugares venían realizándose desde hacía décadas clonaciones ilegales de seres humanos, auspiciadas en secreto por los propios gobiernos, en una alocada carrera por dominar la tecnología necesaria para la manipulación de la vida humana en sus múltiples aplicaciones: correcciones genéticas, reproducción de tejidos de reemplazo, fabricación de embriones destinados a la experimentación, etc.

Estas clonaciones, de las que muy pocos tenían conocimiento por ser llevadas a cabo en el más absoluto secreto, provocaban unas veces la muerte de una ingente cantidad de embriones humanos, víctimas de las deficientes técnicas entonces empleadas, los denominados "embriones fallidos", y otras la formación de "embriones monstruo", llamados así por las anomalías que sufrían durante sus diferentes etapas de crecimiento. Cuando la clonación tenía éxito y superaba la fase de "embrión fallido", el experimento continuaba adelante; si posteriormente fracasaba por la conversión de aquél en un "embrión monstruo", el clon era destruido sin más en el estado de desarrollo en que se encontrase...

(De la "Enciclopedia Universal Humana". Tomo 33. Pág. 475. Paris, 2020)

Peter

Peter empujó la puerta y entró en casa despacio, arrastrando los pies. Todavía se sentía mareado, aunque lo peor había sido en el colegio, al final de las clases. Además, precisamente hoy, que Dinah no había ido. ¡Cuanto la había echado de menos!

Iba a llamar a su madre cuando oyó voces que provenían del interior de la casa; mejor dicho, una voz: la de su madre. Hablaba por teléfono en la cocina, sigilosa, como solía hacer a menudo.

Se detuvo y prestó atención. La mayoría de las veces, cuando su madre se veía sorprendida al teléfono cambiaba repentinamente el tono de la conversación, y si él le hacía preguntas sobre la llamada sus respuestas eran siempre esquivas o difusas, de modo que ahora tenía una nueva oportunidad para averiguar con quien hablaba.

Y de qué.

Prestó atención.

—... Sí, últimamente se marea más que nunca, y su catalepsia va a peor. Sufre recaídas constantes... Estoy muy preocupada por él...

Peter avanzó sin hacer ruido. ¿Hablaba de él su madre? ¿Era él quien sufría aquellas recaídas? Sí, debía de ser eso lo que ocurría, aunque a él sólo le quedaba después un vago recuerdo. Pero lo de los mareos coincidía.

—Es preciso que lo veas— continuaba su madre—. Debes examinarlo a fondo... ¿Mañana? Sí, eso me tranquilizaría... Muy bien, entonces los espero. Adiós.

Peter no supo reaccionar. Su madre colgó y salió tan rápido que lo sorprendió allí plantado, quieto al pie de la escalera, escuchando, y con la mirada perdida en la puerta de la cocina.

—¡Peter! ¿Estabas ahí? ¿Cuándo has entrado? Nunca vienes tan pronto.— Su madre pareció alarmarse al adivinar su estado. Era joven todavía, de tez morena y delgada, aunque de naturaleza extraordinariamente fuerte—. ¿Te encuentras bien? ¿Has vuelto a marearte?

Peter se levantó. Su madre lo besó con ternura y le acarició cariñosamente la cabeza. Se sentía reconfortado cada vez que ella estaba cerca.

—¿Con quien hablabas?

Su madre contestó muy rápido, como si estuviese preparada para oír aquella pregunta y ya tuviese lista una respuesta.

—Con mi médico, ya sabes— dijo. De pronto se había vuelto distante.

Una vez más, mentía. No hablaba de ella. Peter había oído perfectamente cómo decía "él" y se refería a sus mareos y a sus catalepsias. Pero aquella era otra de sus respuestas habituales desde que un día, hacía algo más de un año, la había oído preguntar por un tal "profesor Kusak", que ella identificó como un médico que la había tratado de una extraña enfermedad antes de que él naciera. Sin embargo, Peter nunca había conseguido que su madre le revelara el nombre de aquella enfermedad.

—Ven, será mejor que te acuestes un rato— dijo ella empujándolo escaleras arriba.

Peter se dejó conducir y se tumbó sobre la cama. Su madre lo tapó con una manta

—Voy a prepararte algo caliente— dijo ella saliendo enseguida de la habitación.

Nunca había entendido aquellos cambios repentinos, de la cercanía a la distancia, del cariño a la frialdad, pero le daba igual. Quería a su madre. Nunca había tenido más afecto que el suyo. Para Peter ella había sido su única familia, pues aunque al parecer ésta había sido numerosa —como había visto en un viejo álbum familiar—, todos habían desaparecido hacía tiempo.

A su padre tampoco había llegado a conocerlo. Había sido ingeniero, y según su madre había muerto al intentar salvar a un obrero en un accidente durante las obras de construcción de un embalse. Había fotos de él salpicadas por las paredes de la casa, algunas con su madre. Peter sentía que quería a aquel hombre imponentemente alto y algo desgarbado, con cara de buena persona, que siempre aparecía sonriente y que había construido puentes y carreteras, y además había salvado la vida de un hombre.

Su madre apareció en la puerta removiendo un vaso de leche templada que traía en la mano y Peter se lo bebió de un trago.

La calidez y el dulzor del líquido lo hicieron sentirse mejor, y casi se alegraba de haber sufrido aquel amago de ataque, pues así había vuelto antes a su casa.

—¿Y Dinah?— preguntó su madre sentándose sobre la cama, a su lado.

—Hoy no ha ido a clase.

—¿Está enferma?

Peter se encogió de hombros. El efecto de la bebida se esfumaba rápidamente y el mareo amenazaba con volver y adueñarse de su cabeza.

—Se habrá quedado en casa preparando su cumpleaños.

Su madre sonrió.

—No creo que sus padres le permitan faltar a clase por esa razón. Por cierto, han nombrado a su padre comisario general, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabes eso?

—Sale en el periódico de hoy. Djemal Ahmed Kahn, ese es su nombre, ¿no?

Peter asintió. El teléfono sonó en la cocina.

—Ahora descansa— dijo ella, levantándose—. Yo subiré a verte enseguida.

Peter sintió el espeso silencio que siguió a la marcha de su madre y miró por la ventana. Desde la cama, en aquella posición, veía las copas de los árboles cargadas de hojas, como una pantalla verde sobre la que se levantaban la afilada silueta de la torre de comunicaciones. La ciudad, en primavera, se mostraba transparente y luminosa, nueva tras la gris opacidad del invierno, y Peter se pasaba los meses deseando que el frío y la nieve se retirasen y volviesen aquellos días cargados de tibieza y de luz, días breves y exiguos, sin embargo, que pronto volverían a verse relegados por las nubes y las tardes monótonas y macizas del otoño.

Recordó a su madre, la imaginó hablando por teléfono y pensó en obedecer a su curiosidad y volver a levantarse, pero desistió. No se sentía con fuerzas. La cabeza le daba vueltas e incluso tuvo que apartar la vista del cuadrado de la ventana, que empezaba a ensombrecerse bajo el peso del atardecer.

Aquel cuadrado, cuando se volvía oscuro, lo aterraba. De día era otra cosa, y le parecía que sin él no tenía aire en la habitación para respirar. Pero de noche se convertía en una garganta que lo engullía, un pozo que lo absorbía y por el que creía caer irremediablemente por más que tratara de aferrarse a sus pensamientos o a la familiaridad de las cosas que había en la habitación.

ooo0ooo

Peter acababa de cumplir los trece años, pero comparado con sus compañeros de colegio no era un chico normal. Además de ser bastante más pequeño de estatura que la mayoría de los chicos de su edad, era extremadamente débil y sufría anomalías desde que su mente era capaz de recordar. Al principio, más o menos desde que cumplió los siete años, eran simplemente pequeños trastornos de orden psíquico, problemas de concentración y de insomnio sobre todo, pero con el tiempo había comenzado a experimentar también problemas físicos: sufría estados agudos de catalepsia que podían durar horas y durante los cuales la boca se le torcía, el cuello se le quedaba rígido, y las extremidades se le contraían involuntariamente como tentáculos que se plegasen, carentes de hueso.

Eran intervalos en los que su mente se quedaba en blanco. ¿Vagaba? ¿Dormía? No sabía decirlo, pero cuando despertaba era como si notase un reacoplamiento de su cuerpo, de sus músculos, de sus nervios, como una sensación de nacer de nuevo, aunque como un ser ya crecido, como si antes todo en él se hubiese desencajado y aquellas pausas sirviesen para volver a colocar cada cosa en su sitio, de manera que pudiera seguir siendo un ser entero.

Muchas veces intentó sondear aquel pozo, pero daba igual que lo hiciera nada más despertarse o al cabo de un tiempo: jamás lograba recordar nada.

Había, todavía, otras alteraciones menores de las que nunca se había atrevido a hablar a nadie, ni siquiera a su madre. Por ejemplo, que "oía" mientras estaba dormido. A veces era una simple amalgama de sonidos que debía esforzarse en descomponer si quería descifrarla, pero otras percibía con absoluta claridad los ruidos del entorno —el tráfico, o la televisión encendida—, hasta el punto de que era capaz de seguir una conversación del mismo modo que si estuviera despierto.

Con todo, era una sensación molesta, que dejaba en él un poso de confusión del que le costaba desembarazarse, un no saber dónde había estado ni cuánto tiempo, un entremezclarse de dos planos superpuestos, el del mundo real y el de su sueño, que podía mantenerlo aturdido durante horas antes de disiparse del todo.

¿Por qué no había confesado nunca esta facultad a su madre? No lo sabía. Simplemente era algo que había guardado para sí, su pequeño secreto. Un secreto que le divertía interiormente, como cuando en las clases era capaz de recordar listas de cosas, frases y hasta párrafos enteros con sólo leerlas una vez, dejando boquiabiertos a sus profesores y a sus compañeros.

Aquí era donde Peter tomaba ventaja y se desquitaba, porque las tareas intelectuales no le suponían ningún esfuerzo. Todo lo contrario que las físicas. Peter no podía hacer ejercicio ni practicar deporte alguno, pues su corazón se volvía loco, su temperatura corporal disminuía vertiginosamente, su vista se nublaba y él empezaba a temblar y a marearse de tal modo que en unos segundos podía acabar cayendo inconsciente al suelo. Todo eso, además de lo desagradable que resultaba, le había impedido tener amigos, pues sus compañeros lo consideraban aburrido y nadie quería nunca jugar con él.

Nadie excepto Dinah.

Peter cerró los ojos. Quería mucho a Dinah, y ella lo quería a él. Se equivocaba cuando pensaba que el único afecto que había conocido era el de su madre. ¿Y Markus, su tutor en el colegio? Sí, también él se preocupaba. ¿No estaba pendiente a todas horas de lo que le ocurría, ocupándose de todo y llamando a su madre cuando cualquiera de sus síntomas se manifestaba?

Pensándolo bien, no estaba tan solo como a veces pensaba.

El mareo volvía a intensificarse, y su mirada empezaba a hacerse líquida y le costaba fijarla, por lo que apartó los ojos de la oscuridad de la ventana, hacia donde había vuelto a orientarlos sin darse cuenta. Le pareció oír los pasos de su madre subiendo la escalera y creyó que giraba la cabeza y miraba hacia la puerta, donde le extrañó ver el marco ocupado por un paisaje en llamas bajo un cielo estrellado que no debería ser...

¿O sí?

Se había dormido.

ooo0ooo

En su sueño, Peter sintió que lo zarandeaban y lo alzaban del lecho. Después bajaban con él por la escalera, puertas, un coche... El vehículo arrancó con brusquedad y pronto oyó cláxones, frenazos... Debía de ir muy rápido. Mientras, escuchaba algunas voces que hablaban entrecortadamente: "Sí, sí, lo llevamos..." Por fin, mucho tiempo después, el coche se detuvo y le pareció que lo tumbaban sobre una camilla. Luego un rumor sordo, muy largo, como el ruido de un desagüe. "Sala doce, a la derecha"...

Después el silencio.

Separó los párpados, o eso creyó él. ¿Dormía realmente? Aquella modorra era tan real... Estaba tumbado sobre una superficie dura y estrecha. ¿Una camilla? Un brazo le colgaba. Trató de levantarlo para apoyarlo sobre el vientre, pero no pudo. Pesaba como si estuviera forrado de plomo.

El ruido de una puerta, luz que entraba en la habitación... Abrió los ojos. ¿No los había abierto ya? Siluetas borrosas que se aproximaban. Vio cómo una mano descendía sobre su rostro y le palpaba el cuello. Los movimientos de la mano y de las siluetas aparecían ralentizados y oía de fondo un zumbido sordo.

Se esforzó por ver los rostros de aquellas siluetas. Nada. Sólo unas enormes gafas deformando el de la que tenía más cerca.

Sintió algo en la ingle, un pinchazo. La aguja quemaba mientras las siluetas se reclinaban sobre él y hablaban entre sí, pero lo hacían en voz baja y utilizaban un vocabulario que él no entendía.

Otro pinchazo, ahora en una oreja, mientras aquellas siluetas iban y venían y le palpaban los dedos, las manos, los brazos...

Alguien que quizá acababa de entrar pronunció una palabra en tono de pregunta: "¿...desahuciados?" Las siluetas se volvieron y la que llevaba las gafas gruesas protestó: "¡Luego!", de modo que el que había preguntado se retiró cerrando la puerta con un golpe que sonó como una explosión lejana.

Despertó. ¿Había vuelto a dormirse? Abrió los ojos. Las siluetas seguían allí, aunque ya no se inclinaban sobre él. Los movimientos a su alrededor habían cesado y ahora parecían conversar entre ellas. Entonces aquellas gafas gruesas volvieron a ocuparlo todo y el que las llevaba se las quitó. Una palmada en la cara y por enésima vez creyó abrir los ojos. Ahora sí, había un rostro sobre él, aunque borroso, hinchado, como si estuviera lleno de agua.

El rostro hizo una mueca y se sorprendió al comprender que aquel gesto le resultaba familiar. Realmente no era una mueca, sino que, ahora que se fijaba mejor, se trataba de un rictus permanente que lo deformaba.

Percibió más movimientos en torno. Las siluetas se alejaban. Blanco alrededor. Sólo aquel rostro sobre él, con aquel rictus desagradable. Un rostro que le recordaba a alguien. ¿A quién? Después sintió un leve pellizco en la mejilla, cariñoso, muy cercano, y el rostro se apartó y, siguiendo a las siluetas, desapareció.

ooo0ooo

Peter despertó en su cama. Era de día. Su madre le había puesto el pijama y, al parecer, había dormido de un tirón toda la noche. Más allá de la ventana las hojas de los árboles oscilaban con brillos nuevos y la luz que penetraba de lleno en el cuarto anunciaba un fin de semana espléndido.

Se relajó, aliviado, al verse rodeado por sus cosas y abrigado bajo sus sábanas, y pensó en lo que acababa de soñar. No era la primera vez que sufría pesadillas parecidas. Había variantes más o menos acusadas, pero la secuencia era casi siempre la misma: hombres que lo sacaban de su casa durante el sueño, un coche, puertas, luces, siluetas... Aunque esta vez había sido distinto. Había entrevisto un rostro.

Se giró sobre un lado estrujándose el cerebro. ¿Cómo era aquel rostro? Había tenido la certera sensación de que le recordaba al de alguien, pero lo cierto es que ahora era incapaz de darle forma en su cabeza.

La puerta se abrió, precedida de unos golpes suaves, y al ver a su madre que entraba con la bandeja del desayuno entre las manos, sonriente, se incorporó para abrazarla.

—Buenos días, Peter. ¿Qué tal has dormido?

—He vuelto a tener la pesadilla.

—¿Otra vez?

Su madre dejó la bandeja sobre la mesilla y lo miró a los ojos.

—No son más que sueños, no debes preocuparte.

—Pero los odio; quiero que me dejen en paz.

Ella lo estrechó entre sus brazos.

—Lo harán, ya lo verás. Es cuestión de tiempo.

Allí, apretado a su madre, Peter se sentía bien. Sobre todo se sentía seguro, como si nada en el mundo, ni el peor de sus sueños, pudiera causarle el menor daño. Si ella era todo lo que tenía —aparte de Dinah, claro—, era suficiente y no necesitaba nada más. Y hasta el ruido de los coches que transitaban de vez en cuando por la calle servía para darle ahora seguridad. Había sido un tonto. Parecía mentira que no hubiese conseguido acostumbrarse todavía a aquellos sueños extraños. Porque sólo eran eso: sueños. Se lo decía su madre.

—Te he comprado un regalo- dijo ella levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Peter tuvo tiempo, sin embargo, de fijarse en sus ojos, donde le pareció...

¿Había estado llorando?

La siguió a su dormitorio, que se encontraba justo al lado del suyo, pero antes de que pudiera preguntarle vio como ella abría un cajón y sacaba de él un paquete pequeño envuelto en un papel de color amarillo con un lazo blanco.

—¡Un móvil!

—¿Cómo sabes que es un móvil?— dijo ella sorprendida, tendiéndole el paquete.

Peter lo sabía, simplemente. Hacía tiempo que venía pidiéndoselo a su madre, pero ella nunca había querido regalárselo. Porque aún no tenía edad suficiente, decía. Pero lo había ansiado tanto que, fuese de la marca que fuese, sabía cómo sería la caja el día en que por fin se lo acabase comprando.

Acabó de rasgar el papel y abrió los ojos de par en par. ¡Justo el que él había deseado!

—Así podrás llamarme cada vez que te pase algo.

Peter la miró sin prestarle atención. Había abierto la caja y ahora sacaba de ella los componentes del aparato. ¿Qué importaban ahora sus pesadillas, sus mareos? ¡Al fin tenía un móvil! ¡Y el que él tenía pensado, además! ¿Cómo lo había adivinado su madre?

—¿Me has oído, Peter?

—Sí, mamá— dijo él mientras insertaba la batería y la tarjeta como un auténtico experto. Después puso la tapa y apretó con insistencia el botón de encendido.

—¿Qué estás haciendo?

— Voy a llamar a Dinah para decírselo.

Su madre estalló en una carcajada.

—¡Bueno, pero supongo que primero tendrás que cargarlo!